

DINERO Y CAPITAL

La asociación entre dinero y capital tiene una vieja historia. Capital viene del latín *caput*, cabeza, aludiendo a las cabezas de ganado que fueron el capital primitivo. Dinero se decía, en el idioma del Lacio, *pecunia*, de donde todavía tenemos en español «pecuniario». *Pecunia* se deriva de *pecus*, res, vocablo del cual viene «pecuario». Las dos palabras revierten a una misma cosa. Fatalmente, tiende a identificarse la riqueza y el capital con el medio monetario y con la sustancia de que la moneda está hecha. Es así como más tarde se han venido a tomar el oro y la plata como el trasunto del dinero, y de esos dos conceptos económicos siempre asociados a él. Misión de la Economía es deshacer esas confusiones. Afortunadamente, en este caso la realidad misma se ha encargado de disociar el dinero de esas dos otras categorías. Ha asumido hoy el medio circulante una forma tan sutil y vaporosa, que sólo por una rutina del pensamiento cabe incurrir en tal confusión.

Una de las maneras clásicas de definir el capital es la de riqueza empleada reproductivamente. Puesto que el dinero no es riqueza real, en su forma presente, no puede ser capital. Otra definición es la de que el capital es aquello que produce un rédito. Tampoco, según esa definición, el dinero es capital, puesto que por sí mismo no renta. («El dinero no pare dinero», decían los escolásticos). El dinero reditúa en tanto se presta o se emplea en algo que rente, es decir en tanto se deja de tenerlo y se cambia por un título, por una finca, por una fábrica o negocio provechoso. En esto se ha basado Keynes para definir el interés como la recompensa de no guardar, de perder la liquidez, definición que viene a reemplazar a la de los clásicos, según la cual era la recompensa de no gastar, de abstenerse. Diferente palabrería.

Las dos definiciones de capital resultan a veces incompatibles, verbigracia, en el caso de la deuda del Estado, que no es riqueza y, no obstante, renta, mientras que otras cosas son riquezas sin rentar, como un atesoramiento en oro o en joyas. Pero los economistas clásicos tenían una gran preocupación por identificar, dentro de su sistema, el bien individual con el social, lo que les parecía la justificación del régimen liberal que propugnaban; y se apresuraron a establecer el principio de que, si las cosas rentan para su dueño (bien individual) es porque producen para todos (bien colectivo). Y a esto se le llamó «productivismo».

Lo que si es cierto es que el dinero constituye la manera de tener capital. No quiere esto decir que él mismo lo sea. El hombre produce capital, mas él no lo es; lo que hace él es transformar su trabajo en capitales, del mismo modo que lo transforma en bienes de consumo. Por eso no decimos que el trabajo sea capital, en el estricto sentido económico, ni menos que sea un artículo de consumo. En definitiva, un capital es un medio de obtener con más facilidad los bienes de consumo y de goce que son anhelo de los hombres. Una acumulación de dinero ahorrado es necesaria para poder constituir un capital real; el dinero es la manera de retribuir a los que emplean su trabajo en producir capital, y de que ellos puedan comprar los artículos que consumen. El dinero sirve para formar capital, como sirve para adquirir o hacer producir artículos de consumo o de placer, por ser el instrumento del cambio, mecanismo a través del cual todo se ha de obtener en una economía monetaria. Lo que no quiere decir que ni el dinero ni el trabajo sean en sí mismos capitales.

Yo ya sé que es un tropo muy corriente tomar la causa por el efecto, mas la ciencia no se construye con tropos; antes bien es una de sus misiones distinguir el tropo de lo que es exactitud y realidad. Se emplea mucho en Economía la metáfora, para ocultar la ausencia de argumentos que faltan. Este es uno de los síntomas y de las causas del atraso de esta ciencia.

Muchos economistas razonan todavía como si el dinero fuera algo que preexiste a las operaciones de cambio, cosa falsa. El comerciante que dispone de crédito no necesita tener dinero para hacer una compra. Le basta firmar una letra que un banco descuenta abonando su importe al vendedor, con lo cual nace la suma correspondiente de dinero giral, que permite llevar a cabo la operación con dinero creado al efecto. El vendedor podrá disponer de él, como si fuera dinero efectivo, para sus compras y pagos, por simple transferencia a otras cuentas. Y si una porción de ese dinero lo necesitan sus perceptores en dinero legal, nada les impide obtenerlo en esa forma del banco deudor; si a éste le escasea, fácilmente el redescuento del efecto en el banco emisor le proveerá de los billetes necesarios. También en las ventas al consumidor, se crea fácilmente el numerario suficiente, mediante la firma de letras escalonadas desconta-

bles en la banca (ventas a plazos de automóviles y aparatos caseros).

A la vista de estos hechos se advierte el absurdo de esa teoría cuantitativa del dinero según la cual es la cantidad de dinero la que determina que los precios sean más altos o más bajos. Lo cierto es hoy lo inverso. Son los precios altos los que harán que sean de más elevado importe los efectos creados y, por consiguiente, mayor el volumen de dinero circulante. Esto no puede sorprender después del concepto que hemos establecido (en artículos precedentes) del dinero como una deuda. Si el dinero es la forma de una deuda, es natural que nazca del crédito, así, por ejemplo, en nuestro país los descuentos de la Banca privada y del Banco de España, excluyendo los redescuentos y cuentas interbancarias, representan el 25 % (más de 50.000 millones de pesetas), el 30 % tiene como contrapartida créditos y otro 30 % se contrabalancea con Carteras de títulos (60.000 millones de pesetas cada partida aproximadamente). Se comprende que este volumen aumenta o disminuye con la cuantía de los precios y el volumen de las operaciones, y no al revés, como pretende la ingenua teoría cuantitativa, tan en predicamento todavía. Vulgarmente se dice de esto que es tomar el rábano por las hojas.

La mayor virtud de la moneda de oro y, en general, de la moneda mercancía es que era una moneda «pagada» por el público, no dependía del crédito, era la plena propiedad del que la poseía. La moneda nacida del crédito está en poder del público tan sólo a título precario. Basta que, por cualquier circunstancia fortuita, el crédito se resienta o deliberadamente se restrinja por razones de política monetaria, para que la economía se vea amenazada de un colapso. El gran comercio

sabe bien lo que representan esas alternativas.

En cambio, la moneda nacida del crédito tiene una flexibilidad de que la moneda metálica carece. El tener que disponer para crearla de una materia concreta y valiosa, escasa por naturaleza y versátil por sus movimientos, una sustancia de que no siempre es fácil disponer en la cantidad suficiente para apoyar eficazmente los estímulos a la expansión de la economía, era una dificultad que ha costado a la Humanidad siglos de dificultades y luchas bastante cruentas. Hasta que no se construya una buena teoría monetaria no se sabrá cuánta parte han tenido en las vicisitudes históricas estas circunstancias económicas. El mercantilismo, que llena tres centurias por lo menos, es todavía un fenómeno por explicar.

La expansión industrial de los siglos XVIII y XIX se atribuye generalmente a los descubrimientos e invenciones que le precedieron, pero se ignora la parte que tuvo el descubrimiento de la moneda crediticia, que permitió esa expansión, alimentándola en medio circulante; con la moneda de oro y plata exclusivamente, esa expansión se hubiese ahogado en germen. Claro que esto se pagó con inflaciones y crisis violentas. Se comprende que el sistema estaba más expuesto a ellas, por causa del carácter más inestable del dinero.

Prueba de que el mercantilismo tenía una honda raíz monetaria es que, cuando se vió que había que sujetar a freno la nueva moneda, para evitar sus locuras, unciéndola a patrones monetarios fijos y a reservas metálicas que los hicieran efectivos, lo cual era retornar en parte al sistema monetario inflexible de otros tiempos, hubo que reintroducir el mercantilismo, aunque bajo una nueva denominación más eufemística: el proteccionismo.

GERMAN BERNACER